

Recensiones

ner, por ejemplo, la *Regla Cristiana Breve*, se vio obligado a componerla por el método más expeditivo: copiando esto de aquí y lo otro de allá. Y las variantes que *muchas veces* se observan entre el original y la copia, y que muchos interpretan con no sé que intención matizadora por parte de Zumárraga, no tiene otra explicación que la brevedad o la actualización de un sinónimo para un público más vulgar, menos académico. Digo esto porque estas variantes se encuentran lo mismo cuando copia a Erasmo que cuando copia al Cartujano. Para estudiar, por tanto, el auténtico pensamiento Zumárraga, el alcance preciso de sus conocimientos, es labor previa, necesaria e irrenunciable la búsqueda de las fuentes. Por ejemplo, se dice en la conclusión: «Algunas citas de Santo Tomás nos permiten pensar de que algún contacto pudo haber tenido con el tomismo, que entraba tímidamente en la península ibérica los primeros años del siglo XVI» (p. 562). No son algunas citas dispersas, son páginas enteras copiadas, mejor aún, extractadas, de la *Suma de Teología*. Tal ocurre en la exposición de los siete pecados capitales en el *Cuarto Documento* de la *Regla Cristiana Breve*, ff. E6-F5. La única duda que subyace es si las extractó personalmente Zumárraga o las compiló de otro. Y coincide que precisamente en esas páginas extractadas de la *Suma de Teología* es donde aparecen citados los autores y conceptos clásicos que, por mor de Almoína y otros epígonos de Bataillon, han aupado a Zumárraga a pionero del humanismo renacentista en el Nuevo Mundo. «El mayor aporte —dice el autor, unas líneas adelante— del Obispo de México y lo que más lo caracteriza desde el punto de vista teológico, es la integración del humanismo renacentista en el conjunto de los valores medievales vividos en la Península Ibérica. Hemos encontrado, a la par, citas de los clásicos griegos y latinos con los Padres de la Iglesia». Eso es cierto, pero en textos

raptados a Santo Tomás, a San Buenaventura, a San Bernardo y sobre todo a la *Vita Christi* del Cartuxano, con cuyos capítulos 47 y 62, copiados literalmente, salvo pequeñas variantes, pergeñó el *Ejercitatorio de la Pasión*. En la *Introducción* a la edición crítica de *Regla Cristiana Breve*, en prensa en estos momentos, expongo con mayor amplitud y mayor profusión de ejemplos la necesidad previa de clarificar las fuentes, para conectar a Zumárraga con sus ancestros culturales. Los pasajes más llamativos que autores como Almoína entresacan de *Regla Cristiana Breve*, para demostrar ese humanismo renacentista erasmista, pertenecen a la citada *Vita Christi* del Cartujano. El método compilatorio explica que las «doctrinas» de Zumárraga sean tan distintas entre sí, tan distintas como el o los autores nutricos. Por eso es tan difícil, por no decir imposible, encontrar uniformidad férrea o evolución uniforme de pensamiento en un estudio global de las mismas. Quizá haya que estudiarlas una por una. Así lo hizo en una de ellas Carmen José Alejos-Grau, en su libro: *Juan de Zumárraga y su «Regla Cristiana Breve»* (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1991).

I. Adeva

Stefan HEID, *Chiliasmus und Antichrist-Mythos. Eine frühchristliche Kontroverse um das Heilige Land*, Borengässer Verlag («Hereditas. Studien zur Alten Kirchengeschichte», 6), Bonn 1993, 248 pp.

Con este volumen se publica la tesis doctoral de St. Heid, presentada en el semestre de invierno del curso académico 1990/91 en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn. El director de la tesis fue el Profesor Ernst Dassmann.

El tema de la investigación abarca el origen y el desarrollo de la doctrina del quiliatismo o milenarismo —reinado de Cristo durante mil años con capital en Jerusalén al final de los tiempos— y el origen y desarrollo de la doctrina del Anticristo en los tres primeros siglos. Y es que la estrecha relación de los cristianos con Palestina juega un papel muy importante en la configuración de la teología primitiva, pues la ciudad de Jerusalén y la Tierra Santa aparecen con mucha frecuencia en las variadas controversias doctrinales de aquella época.

El origen geográfico del milenarismo se sitúa en el Asia Menor y en Egipto, y la motivación teológica radica no sólo en la recepción del Apocalipsis de Juan, sino sobre todo en la tradición de los capítulos 53 y 54 del libro de Isaías referentes al Siervo de Dios y a la reconstrucción material de Jerusalén al final de los tiempos. Muchos cristianos concluyeron que, si las profecías del Siervo de Dios se cumplieron realmente en la muerte de Cristo, también la ciudad de Jerusalén, destruida en el año 70, habría de ser reconstruida al final de los tiempos. De este modo, Jerusalén pasaba a ser un componente de la escatología cristiana: la venida gloriosa de Cristo y la reconstrucción de la Ciudad Santa permitirían que todos los pueblos de la tierra peregrinaran a ella y le llevaran sus tesoros, según la profecía de Isaías.

Heid distingue tres fases en el desarrollo del milenarismo: a) el quiliatismo primitivo (siglo I y comienzos del siglo II), al que acabamos de referirnos; b) el quiliatismo medio (siglo II); y c) el quiliatismo tardío (siglos III y IV).

En el siglo II el quiliatismo echa raíces en Roma. El hereje Marción, motivado por su rechazo del Antiguo Testamento, arremete de lleno contra la doctrina del milenarismo, que se le presentaba como una concesión de la Iglesia al judaísmo. Igualmente,

el filósofo pagano Celso lo combatió por otras razones. Por todo ello, e impulsados también por la controversia antijudía referente a la interpretación del Antiguo Testamento, autores católicos como San Justino y San Ireneo profundizaron en la doctrina milenarista y transformaron el inicial «quiliatismo de Jerusalén» en lo que Heid denomina el «quiliatismo de Tierra Santa», por cuanto éste realza mejor la dimensión cristológica de esta doctrina: las promesas referentes a la futura historia de este país, Judea, se cumplen con la segunda venida de Cristo. Así, el quiliatismo proporciona una elevada dignidad teológica a la historia del país de las promesas bíblicas y se contrapone tanto a los reduccionismos del nacionalismo judío como sobre todo al gnosticismo ahistórico subyacente a la teología marcionista. Además, el milenarismo puede ayudar a mantener la esperanza en medio de un Imperio Romano adverso a la Iglesia.

Pronto surgieron antimilenaristas entre los católicos, como fueron Orígenes, en el siglo III, y Eusebio de Cesarea, a comienzos del siglo IV. Para ambos, dotados de gran realismo histórico, la destrucción de Jerusalén en las dos guerras judías de los siglos I y II se presentaba como un hecho irreversible, y consideraban, por tanto, que la esperanza escatológica cristiana no debería incluir la reconstrucción de la Ciudad Santa.

En el siglo III, también en suelo romano, el milenarismo amplió sus perspectivas con la figura de San Hipólito, en quien por primera vez se encuentra la figura del Anticristo como restituidor del reino judío al final de los tiempos. Ya Marción había sostenido que, poco antes de la segunda venida de Cristo, iba a venir el Cristo del dios del mal para restaurar el reino judío. Hipólito parece adoptar esta misma secuencia, sólo que la corrige con el importante matiz de que el Cristo restituidor de Jerusalén va a ser el Anticristo; con esta apreciación la

Recensiones

doctrina del Anticristo es la réplica de Hipólito al antiquiliasmo de Marción. A partir de Hipólito la unión del milenarismo con la doctrina del Anticristo permitirá que el quiliasmo adopte tendencias más espiritualizantes. Este es el caso de Victorino que ofrece una cristalización de esta doctrina: la instauración del reino judío por medio del Anticristo conduce a una última decisión de los judíos, a saber, o ver en Cristo el cumplimiento de las promesas veterotestamentarias o heredar aparentemente el país con ayuda del Anticristo, lo que les supondría en realidad su condena definitiva.

Varios aciertos apreciamos en el brillante trabajo de Heid: 1º) haber acotado debidamente los autores estudiados: además de Marción y de Celso, los escritores eclesiásticos tratados en esta obra han sido: Papías de Hierápolis, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, San Hipólito, Orígenes, Victorino de Pettau, Lactancio y Eusebio de Cesarea; 2º) haber destacado a Marción, en cuanto antiquiliasista, como un impulsor indirecto del desarrollo del milenarismo, ya que normalmente los estudios hasta ahora existentes sobre Marción no hacen apenas hincapié sobre este tema; 3º) haber ofrecido una historia del quiliasmo de manera orgánica y sistemática a partir de una lectura detallada de los textos patrísticos primitivos, de modo que este libro de Heid ofrece una visión diacrónica de la conciencia que los primeros cristianos tenían de la dimensión histórica de su fe en Cristo y de su esperanza escatológica; 4º) haber proporcionado una reflexión dogmática a esta descripción histórica del quiliasmo.

Y con esta reflexión de tipo dogmático también deseamos concluir nuestra recensión. En efecto, Heid se detiene a analizar por qué la Iglesia Católica en el siglo IV deja de sostener posiciones milenaristas. El quiliasmo primitivo se basa en el núcleo cristológico del misterio de la salvación, por

cuanto el paciente Siervo de Dios es el mismo que construye la nueva Jerusalén. El quiliasmo medio, sobre la base de su argumentación antimarcionista, dirige su atención más allá de la figura de Cristo y se propone mostrar la unidad del plan salvífico entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, hasta el punto de que el quiliasmo parece ser un punto de partida apropiado para integrar las promesas del Antiguo Testamento en la economía salvífica de Cristo. Cuando la Iglesia, ya antes del siglo IV y mucho más después, critica el milenarismo, lo hace como consecuencia de volver a plantearse lo nuclear del misterio de la encarnación: a medida que las representaciones escatológicas se espiritualizan y pierden consistencia histórica, Cristo se presenta cada vez con más radicalidad como el punto central de la escatología, de modo que sólo Cristo, en cuanto el «eschatos» y el Señor que ha de venir al final de los tiempos, puede ser el único objeto de la esperanza de los creyentes.

A. Viciano

INSTITUTO DOMINICANO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, *Dominicos en Mesoamérica. 500 años*, Suplemento de la Revista «Analogía Filosófica» (Provincia O. P. de Santiago de México. Provincia O. P. de Teutonia), México 1992, 581 pp.

Por iniciativa del P. Dr. Walter Senner, O. P., destacado medievalista alemán y colaborador del Thomas-Institut de la Universidad de Colonia, se han recogido en este volumen veintiún trabajos sobre los principales protagonistas de la gesta evangelizadora dominicana en Nueva España y sobre la organización canónico-administrativa de las misiones dominicanas en la extensa área de Mesoamérica. La recopilación ha sido llevada a cabo por el Instituto Histórico de la